

LA PEDAGOGIA BIBLICA Y EL PENSAMIENTO DE LUIS VIVES

A lo largo de las inspiradas páginas de las Sagradas Escrituras, hállanse diseminadas numerosas consideraciones que presentan, según es sabido, gran interés para los pedagogos católicos, quienes frecuentemente han tomado de las mismas abundantes elementos para sus construcciones teóricas.

Sin embargo, un análisis detenido, hermenéutico y comparativo, de los párrafos bíblicos interesantes para los educadores, no ha sido realizado hasta la fecha, sin que sea óbice para esta aseveración el hecho de que hayan visto la luz algunos estudios parciales de aspectos concretos de la pedagogía bíblica (1). De ahí que, cual modesta aportación a esa tarea, me haya decidido a examinar aquí las interpretaciones de algunos de estos párrafos, expuestas por Luis Vives en diversos lugares de sus esclarecidos tratados pedagógicos.

Dos son las obras vivesianas fundamentales que versan sobre temas educativos: el *Tratado de la enseñanza* (*De tradentis discipulis*) y la *Introducción a la sabiduría* (*Introductio ad sapientiam*). En el análisis de su contenido voy a centrar el estudio que ahora principia, si bien completándolo con el de fragmentos de otros muchos escritos suyos, en los que se reiteran o se complementan los asertos expuestos en aquéllos (2), aunque prescindiendo de las glosas expuestas por Vives a pasajes bíblicos en sus "Comentarios a la Ciudad de Dios", por cuanto en ellas nuestro autor más que desarrollar pensamiento propio se limita a explicar el de San Agustín (3).

Las primeras afirmaciones de las Sagradas Escrituras interesantes para los pedagogos que fueron glosadas por Vives son aquellas que, en el "Libro del Génesis", hacen referencia al origen y al fin de los seres humanos, temas que el educador valenciano cree estrechamente ligados y en torno de los cuales sostiene su sentido espiritualista, en la obra psicológica capital entre las suyas, el "Tratado del alma (*De anima et vita*)", escribiendo lo siguiente: "Moisés, al narrar la génesis del mundo, significó esto con no equívocas palabras, pues al afirmar que todas las cosas fueron creadas por sólo el mandato de Dios, así que llega al hombre no atribuye a la naturaleza el poder

(1) Por ejemplo, la obra titulada "Pedagogía del Evangelio", de doña Rosa Marín Cabrero (ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1946).

(2) Para las citas, me sirvo de la versión castellana recientemente publicada por don Lorenzo Ribér, bajo el epígrafe "Obras completas" (ed. M. Aguilar; Madrid, 1947-48), en dos volúmenes.

(3) A quien desee consultar los "Commentaria in XXII libros De Civitate Dei Divi Augustini", de Vives, por cuanto no han sido incluidos en la traducción antes mentada, puede recomendársele cualquiera de las excelentes ediciones aparecidas sucesivamente en Basilea los años 1555 y 1570.

de crearle, sino a Dios sólo, pues dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (4). Y poco después: Inspiró Dios en la faz de Adán el aliento de la vida (5). Con una y otra sentencia significó tanto el origen propio de Dios como la inmortalidad de las almas" (6).

Ante este primer comentario vivesiano, cabe advertir que nuestro autor, en este lugar, al igual que en todos los otros que después serán analizados, no puntualiza los pasajes de la Santa Biblia que son objeto de su atención, pareciendo que los cita siempre de memoria, a diferencia de lo que ocurre cuando transcribe pensamientos de autores paganos antiguos (cuales Homero, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, etc.), a cuyas transcripciones suele acompañar casi siempre el detalle de los lugares de referencia: ello parece probar que, mientras estas últimas citas eran hechas a la vista de las obras correspondientes, las primeras lo eran por el contrario de memoria, denotando el profundo conocimiento que Vives tenía de las Sagradas Letras, supuesto que, en las numerosísimas citas que de las mismas hace, nunca se advierte ni ya ningún error mas, ni siquiera vacilación alguna (7). Por otro lado, cabe también advertir que el haber comenzado por el pasaje transcrito obedece a dos razones: la primera, al hecho innegable de que las doctrinas antropológicas generales, cuales son las que se refieren al origen y destino de los hombres, sirven de necesario fundamento a toda pedagogía estable; y la segunda, a la circunstancia de que es en su "Tratado del alma" donde Vives resume precisamente los cimientos psicológicos de sus teorías educativas.

Aplazando para más adelante el examen de otros textos vivesianos concernientes al Antiguo Testamento, oportuno parece recordar ahora que Vives aplica a cuantos se dedican a quehaceres educativos la intimación evangélica dirigida a los apóstoles para que condimenten y esclarezcan el mundo terráqueo: "Acuérdense —escribe en el "Tratado de la enseñanza" (8)— que el Maestro celestial dice a gritos para ellos: vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo" (9). Esta generalización de las palabras del Redentor presentan, además, interés porque envuelven la calificación de Nuestro Señor Jesucristo cual el "Maestro" por excelencia, consideración que el propio Vives desenvuelve en otro lugar de la obra que nos ocupa, mediante estas reflexiones: "Aquel aviso del Señor, *no queráis ser llamados rabbi* —que suena, doctores, en romance—, *uno sólo vuestro maestro...*; aquellas palabras de Cristo refiérense, a la doctrina del Cielo, de la cual El es el maestro único. Así es que parece que lo que

(4) Gen. I, 27.

(5) Gen. II, 7.

(6) "De anima et vita", II, 9 ("Obras", vol. II, pág. 1.234). En sentido análogo: "De institutione feminae christianae", I, 8 y "De veritate fluci christianae", I y III ("Obras", vol. I, pág. 1.017 y vol. II, págs. 1.401, 1.518 y 1527-28).

(7) Por mi parte, puntualizo las diversas citas, por medio de notas a pie de página, para facilitar su comprobación a los lectores que lo deseen.

(8) "De tradendis disciplinis", II, 1 ("Obras", vol. II, pág. 554).

(9) "Vos estis sal terrae... Vos estis lux mundi" (Mc. V, 13-14). Esta misma exhortación se repite en el capítulo 2.º del apéndice de esta obra (también considerado como su libro VI.º por algunos), que trata "de vita et moribus eruditi" ("Obras", vol. II, pág. 677).

degeneró en abuso no debe ser extirpado radicalmente, sino corregido y reformado" (10).

El acierto de la interpretación vivesiana merece una exégesis detenida. Recuérdese ante todo que en el Evangelio, según San Mateo, donde se expone el precepto glosado, se relaciona el magisterio con la paternidad, afirmándose que Dios es el único maestro y el único padre (11). Ocurre aquí algo semejante a lo que se advierte en otros libros inspirados, cuando se atribuye insistentemente la bondad a las obras de Dios (12) y se llega a afirmar que nadie es bueno a excepción de Dios (13), con expresiones paralelas a las empleadas por San Pablo para significar que, de Dios, derivan tanto la paternidad (14) como el poder (15). A mayor abundamiento, nadie puede negar que Jesús afirmó la conveniencia de que se le llamase Señor y Maestro (16), y la superioridad de su magisterio y su señorío respecto de todo discípulo (17) y todo siervo (18). Sin embargo, tampoco procede olvidar que el mismo Redentor aplica algunos de estos calificativos —que sólo a Dios podrían atribuirse ateniéndonos rigidamente a la letra de los anteriores textos— a diversas personas: así, llama a Nicodemo maestro (19) y viene a reconocer la licitud de llamar padres a los progenitores, al subrayar la importancia del mandamiento del Decálogo (20) según el cual hay que honrar a los padres (21). Ahora bien, a la vista de estas dos series de asertos, el buen cristiano no puede inferir que, entre los mismos, exista contradicción alguna, antes bien procurará ver si, de algún modo, pueden interpretarse como compatibles a eso es lo que hizo nuestro Vives, quien vino a sostener que, si bien en grado eminente e infinito, sólo Dios puede ser llamado Maestro (al igual que Bueno, Poderoso, Señor y Padre), en grado limitado y finito puede también atribuirse este adjetivo a los hombres. Para corroborar la exactitud de su interpretación, recuerda Vives unas palabras de la epístola universal de Santiago apóstol, escribiendo lo si-

(10) "De tradendis disciplinis", II, 1 ("Obras", vol. II, pág. 553).

(11) "Vos autem nolite vocari Rabbi: unus est enim Magister vester, omnes autem vos fratres estis. Et patrem nolite vocare super terram: unus enim Pater vester; qui in caelis est: Nec vocemini magistri: qui a Magister vester unus est" (Mt. XXIII, 8-10).

(12) "Vió Dios todas las cosas que había hecho y eran en gran manera buenas" (Gen. I, 31). "Omnis creatura Dei bona est" (I Tim. IV, 4). Etcétera.

(13) "Unus est bonus, Deus" (Mt. XIX, 17). "Nemo bonus, nisi unus Deus" (Mc. X, 10). "Nemo bonus, nisi solus Deus" (Lc. XVIII, 19).

(14) "Flecto genua mea ad Patrem Domini Nostri Iesu Christi, ex Quo omnis Paternitas in caelis et in terra nominetur" (Eph. III, 14-15).

(15) "Non est Potestas nisi a Deo" (Rom. XIII, 1).

(16) "Vos vocatis me Magistem et Domine, et bene dicite: sum etenim" (Jo. XIII, 13).

(17) "Non est discipulus super magistrum" (Mt. X, 25 y Lc. VI, 40).

(18) "Non est servus maior Domino suo, neque apostolus maior est eo Qui misit illum" (Jo. XIII, 16).

(19) "Tu es magister in Israel" (Jo. III, 10).

(20) Ex. XX, 12 y XXI, 17. Deut. V, 16.

(21) "Honora patrem" (Mt. XV, 4 y Mc. VII, 19).

guiente (22). Acompaña el apóstol Santiago que no sean muchos los que quieran ser proclamados maestros" (23). En este nuevo consejo, se aclara el sentido del expuesto por Cristo, en cuanto la aparente universalidad de aquél se reduce a términos de templanza generalidad, dando a entender que, aun cuando muchos se arrogan inadecuadamente el título de maestro, éste no obstante se aplica adecuadamente a algunos, si bien sólo a manera de excepciones —que pueden coexistir con las reglas generales, aunque no con las universales.

Quizás a la vista de estos argumentos, alguien deseara objetar que tal vez la presunta contradicción podría también eludirse por otro medio, a saber, apelando a la distinción que media entre profesores y maestros, e interpretando el precepto evangélico como referente no a los primeros sino a los segundos: en otras palabras, según esta nueva opinión, Cristo no habría prohibido a los nombres que se pudiesen llamar profesores, lo cual equivale a introductores o guías en el terreno de los estudios, aunque si el que se hicieran llamar maestros, término que envuelve mayor dignidad significativa. A quien propusiera tal objeción, podría responderse con solo recordarle que, en los textos griegos en que fueron redactados originalmente los Santos Evangelios, son dos las palabras que se corresponden con el vocablo latino "magister" de la versión "vulgata", los términos "διδάσκαλος" y "καθηγητής" que equivalen semánticamente a los castellanos "maestro" y "profesor", por lo cual resulta manifiesto que el consejo evangélico se refiere tanto a la denominación de profesores como a la de maestros, derivando de todo ello un nuevo argumento en apoyo de la interpretación vivesiana antes analizada.

Ahondando ahora un poco más en la relación que debe mediar entre maestros y discípulos, precisa advertir que, junto a elementos que la asemejan a las que unen a padres e hijos y a señores y sirvientes, existe el factor de la amistad, acerca del cual también reparó nuestro Vives, en su "Introducción a la sabiduría" (24), cuando recuerda el pasaje bíblico en que el Redentor llama amigos a sus fieles seguidores (25).

Este es un punto muy importante, porque de ahí arrancan una serie de obligaciones de los discípulos respecto de sus maestros, que Vives va enumerando precisamente con referencia al discipulado por excelencia, esto es, al de los apóstoles escogidos por el Divino Maestro. Las obligaciones primeras y primarias son las del amor superlativo (26) y del sacrificio renunciamento (27), las cuales reportan consigo respectivamente dos efectos trascendentales, cuando se orientan hacia Dios: la tranquilidad de conciencia y su seguridad ante

(22) "De tradendis disciplinis", II, 1 ("Obras", vol. II, pág. 554).

(23) "Nolite plurcs magistri fieri" (Iac. III, 1).

(24) "Introductio ad sapientiam", CCXXXIV ("Obras", vol. I, página 1228; En sentido análogo: "Sacrum Diumum", XI "Obras", vol. I, página 413).

(25) "Vos amici mei estis, si faceritis quae ego praecipio vobis" (Jo. XV, 14).

(26) "Qui amat patrem aut matrem plus quam me, non est me dignus: et qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus" (Mt. X, 31).

(27) "Qui non renunciat omnibus, quae possidet, non potest meus esse discipulus" (Lc. XIV, 33).

lo eterno. Sobre el primero de estos efectos, escribe Vives (28): "La conciencia es la que, si está atormentada, acarrea al alma grandísimos tormentos y, si esta tranquila, el más placentero bienestar, con el cual no hay riquezas ni reinos que puedan comparársele. Esto es lo que el Señor promete en el Evangelio a los suyos, a saber, que van a recibir aun en esta vida mucho más de lo que por él abandonaron" (29). Y acerca del segundo efecto, expone Vives la siguiente reflexión (30): "Nuestro Señor Jesucristo, en un breve documento imbuido de celestial sabiduría, nos declara lo que es amarse a sí mismo y lo que es aborrecerse. El que odia, dice, a su alma, no regalándola en ninguna de estas cosas de fortuna y perecederas, este la ama verdaderamente y quiere salvarla; mas el que la ama, regalándola, éste tal la odia y quiere su perdición" (31).

Aunque ello implique una breve digresión, el consejo evangélico recordado por Vives en el fragmento últimamente citado, merece que detengámonos en él, por unos momentos, la atención, por cuanto es uno de los pocos que, a la vez, nos ha sido transmitido por los cuatro santos evangelistas, con ligeros matices diferenciales que se complementan magníficamente: así, quien sea abnegado y siga el referido consejo de Jesús, según San Mateo, encontrará su alma ("inveniet eam") en la vida ultraterrena (32); según San Juan, la asegurará ("custodit eam") para toda la eternidad (33); y según San Marcos y San Lucas, la salvará ("salvam faciet"), diversificándose además las versiones de estos dos últimos evangelistas en cuanto San Lucas señala tan sólo el fin de tal abnegación ("propter me"), el holocausto a Cristo (34), mientras San Marcos indica el fin conseguido y el medio principal para su consecución ("propter me et Evangelium"), el holocausto a Cristo y la devoción a su evangelio (35).

Volviendo ahora al tema del amor, en su vertiente pedagógica, procede recordar el gran número de lugares en que Vives se hace eco de asertos bíblicos sobre el particular. Así, ante todo, en su tratado "De la concordia y la discordia", se ocupa del amor egoísta, afirmando que "a nadie se le prohíbe amarse a sí mismo, pero son muchos los que fea y criminalmente se engañan acerca de lo que son ellos mismos" (36), para luego extenderse en consideraciones sobre el amor a Dios y al

(28) "Introductio ad sapientiam", DLXV-VI ("Obras", vol. I; página 1253). En sentido análogo: "De subventionem pauperum", I, 6 ("Obras"; volumen II, pág. 1369).

(29) Mt. XIX, 29. Mc. X, 29-30. Lc. XVIII, 29-30.

(30) "Introductio ad sapientiam", DLXXXII ("Obras", vol. I; página 1255).

(31) Mt. XVI, 25. Mc. VIII, 35. Lc. IX, 24. Jo. XII, 25.

(32) "Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdidit animam suam propter me, inveniet eam" (Mt. XVI, 25).

(33) "Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam" (Jo. XII, 25).

(34) "Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet illam. nam qui perdidit animam suam propter me, salvam faciet illam" (Luc. IX, 24).

(35) "Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdidit animam suam propter me et Evangelium, salvam faciet eam" (Mc. VIII, 35).

(36) "De concordia et discordia", I ("Obras", vol. II, pág. 93).

prójimo, con estos términos (37): "La verdadera y santa religión cristiana está, en cierto modo, comprendida en dos capítulos, y éstos son capítulos de amor, de caridad, de paz, de concordia: amor del prójimo, visible, y amor de Dios, invisible (38). Y quien lo afirma así es la Verdad substancial: la plenitud de la ley —dice San Pablo, a saber, la guarda y observancia de la ley— es el amor" (39). Paralelamente, en su obra "Introducción a la sabiduría", reduce Vives estos dos preceptos a uno solo, unificándolos. "El Maestro sapientísimo —escribe—, que nos enseñó cuál había de ser nuestra vida, como Autor que era de ella, nos dió para ello un precepto sólo: que amemos (40), sabiendo que, si amamos, nuestra vida será muy feliz y que no son menester otras leyes" (41). Y cual si temiera no haberse expresado con suficiente claridad, agrega Vives (42): "Dios... nos prescribió no sólo que nos amásemos los unos a los otros, sino que quisiéramos bien aun a los que nos aborrecían" (43).

Una vez observado cómo Vives incorpora a su preceptiva pedagógica los mandatos bíblicos de caridad intensa, veamos ahora como explica la naturaleza de esta caridad, siguiendo la doctrina expuesta en las dos epístolas de San Pedro (44): "La caridad... como es ignea —escribe—, a la manera del fuego levanta y arrebata a quienes posee. Esto que dije es doctrina de aquél a quien fué confiada la grey cristiana, que de la boca del Señor oyó estas palabras: ¿Amasme más que éstos?" (45). Y en otro lugar relaciona Vives este tema con el magisterio ejercido por San Pedro en cuanto primero entre los apóstoles y recipiendario del mandato de Cristo "apacienta mis ovejas" (46): "En eso de apacentar, como conviene, la grey cristiana —prosigue—, exigese un amor especial, de Cristo, amor que derivará copiosamente sobre su rebaño, como de la cabeza sobre todos los otros miembros del cuerpo" (47).

Otro pasaje evangélico que Vives, según resulta curioso observar, aplica a la esfera educativa, es la lamentación fundada en la escasez de operarios. Sobre este punto escribe (48): "La mies es mucha —tú dijiste—, pero son pocos los obreros. Casi todos ignorantes, ciegos los más y sumidos en oscuridad, y son de una escasez aterradora los que enseñan verdaderamente como debe ser" (49). Para com-

(37) Ibidem, III ("Obras", vol. II, pág. 179). En sentido análogo: "De pacificatione", VIII ("Obras", vol. II, pág. 260).

(38) Mt. XXII, 37-40 y Mc. 29-31.

(39) "Plenitudo ergo legis est dilectio" (Rom. XIII, 10).

(40) "In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem" (Jo. XIII, 35).

(41) "Introductio ad sapientiam", CCCLV ("Obras", vol. I; pág. 1237). En sentido análogo: "De Europae statu ac tumultibus", I y "De concordia et discordia", III y IV ("Obras", vol. II, págs. 14, 179 y 242).

(42) "Introductio ad sapientiam", CCCLII ("Obras", vol. I; pág. 1236). En sentido análogo: "De pacificatione", XIX ("Obras", vol. II, pág. 268).

(43) Mt. V, 43 y Lc. VI, 27 y 35.

(44) "De tradendis disciplinis", I, 4 ("Obras", vol. II, pág. 537).

(45) "Diligas me plus his?" (Jo. XXI, 16).

(46) "Pasce oves meas" (Jo. XXI, 17).

(47) "De pacificatione"; prefacio ("Obras", vol. II, pág. 256).

(48) "Excitationes animi in Deum", IV ("Obras", vol. I, pág. 504).

(49) "Mensis quidem multa, operarii autem pauci" (Mt. IX, 37).

batir estas escaseces no sólo cuantitativas sino además y principalmente cualitativas en el personal dedicado a la enseñanza, Vives viene a proponer una serie de normas, que paso a enumerar seguidamente.

En primer término, conviene que los educadores se convenzan de que lo único substantivo en la vida es la búsqueda de la justa glorificación de Dios, siendo junto a ello, todo lo demás, adjetivo (50). Así comenta Vives esta advertencia evangélica: "Hanos firmado una cédula con su nombre Jesús, Señor de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por la cual nos garantiza que no va a faltar cosa alguna necesaria al hombre que buscarse el reino de Dios y su justicia" (51). Probablemente, al escribir este comentario, recordaría Vives que el Redentor, después de ordenar la referida búsqueda, afirmó que quien busca, halla (52).

En segundo lugar, para corroborar la consideración teleológica acabada de exponer, Vives se hace eco de otros dos imperativos evangélicos: por un lado, el que ordena "seguir a Dios" (53), lo cual implica "que te confíes enteramente a su caudillaje y capitania en la milicia de esta vida y los que obedezcas su voz de mando e imites su ejemplo" (54), y por otra parte, el que preceptúa ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas (55), lo cual exige "que abrigue nuestro pecho un recelo sano, y no haya en nuestro ojo, en el juzgar, ni malignidad ni astucia" (56).

En tercer término, aprovechando la ocasión que ofrece esta última referencia a la actividad juzgadora del hombre, conviene subrayar cómo Vives distingue escrupulosamente entre los juicios sobre la conducta propia y los que versan sobre la ajena. Acerca de los primeros, suscribe los asertos bíblicos que aseguran que "no el que a sí mismo se alaba es aprobado, sino aquél a quien Dios alaba" (57) y que "Dios paga a cada uno según sus obras" (58). Y en torno de los juicios sobre las acciones del prójimo sostiene Vives que "Dios privó de todo

(50) "Quaerite ergo primum regnum Dei et iustitiam eius, et haec omnia addicientur vobis" (Mt. VI, 33).

(51) "Introductio ad sapientiam", CCCXVIII ("Obras", vol. I; página 1233). En sentido análogo: "De institutione feminae christianae", II, 4 ("Obras", vol. I, pág. 1090):

(52) "Quaerite et invenietis... Qui quaerit, invenit" (Mt. VII, 7-8).

(53) "Me sequere" (Jo. XXI, 22).

(54) "Satellitium animi", XCVIII ("Obras", vol. I; pág. 1195): Comentario a la máxima "Deum sequere":

(55) "Esote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae" (Mt. X, 16).

(56) "Satellitium animi", XXXIII ("Obras", vol. I, pág. 1182): Comentario a la máxima "columbi oculi in serpentino corde".

(57) "Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat" (II Cor. X, 18). En: "De tradendis disciplinis", VI, 1 ("Obras", vol. I, pág. 676).

(58) "Psalmum", LXI, 13. En: "Introductio ad sapientiam", DLX y "De veritate fidei christianae", III ("Obras", vol. I, pág. 1253 y vol. II, página 1523).

(59) "Nolite iudicare" (Mt. VII, 1, y Lc. VI, 37).

(60) "Vos secundum carnem iudicatis" (Jo. VIII, 15).

(61) "Iudicium meum iustum est... verum est" (Jo. V, 3, y VIII, 16):

(62) "Introductio ad sapientiam", CCCXXII ("Obras", vol. I, páginas 1237-8).

juicio acerca de otro hombre al hombre (59), porque es ciego y desconocedor de los secretos y sentimientos del corazón (60); y se lo reservó para Sí (61), que es infalible escudriñador del pecho humano" (62), todo lo cual viene a concordar —según advierte el propio Vives— con la doctrina expuesta sobre el particular en el epistolario paulino (63).

En cuarto lugar, a modo de consejos para estar prevenidos en el día del juicio, al propio tiempo que recuerda la máxima bíblica según la cual "quien ama el peligro, perecerá en él" (64), expone Vives dos grupos de consideraciones referentes, unas, a las palabras y, otras, a las acciones. Acerca de los coloquios, destaca el hecho de que las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (65), recogiendo otros muchos asertos bíblicos, conexos con este tema, tomados del "Libro de los Salmos" de David (66), el "Libro del Eclesiástico" de Salomón (67), el evangelio de San Mateo (68) y la epístola universal del apóstol Santiago (69). Paralelamente, también en la autoridad de este mismo apóstol se apoya Vives para aconsejar que seamos ejecutores de la palabra de Dios y no simples oyentes (70), consejo que se refiere al cuidado que debemos poner los hombres en nuestras acciones y que, con matices diversos, se hallaba ya expuesto en los Santos Evangelios (71) y en el Antiguo Testamento (72).

En quinto término, otro decreto evangélico que Vives incorpora a

(63) "Mihi autem pro minimo est ut a vobis iudicer, aut ab humano iudice: sed neque me ipsum iudico: Nihil enim mihi conscius um: sed non in hoc iustificatus sum: qui autem iudicat me, Dominus est" (I Cor. IV, 3-4). En: "De tradendis disciplinis". VI, 2 ("Obras", vol. II, págs. 683-4).

(64) Ecl. III, 27. En: "De institutione feminae christianae", II, 9 ("Obras", II, 1123).

(65) "Corrumpunt mores bonos colloquia mala" (I Cor. XV, 33). En: "Introductio ad sapientiam", CXXXVIII y CLXX ("Obras", vol. I, páginas 1217 y 1219).

(66) "Pon guarda a mi boca y una puerta de circunspección en mis labios" (Psalm. CXL, 3). En: ob. cit., CDLXX ("Obras", vol. I, página 1245).

(67) "El hombre que mucho jura será lleno de maldad" (Ecl. XXIII, 12). En: ob. cit.; DII ("Obras"; vol. I, pág. 1248).

(68) "Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei" (Mt. IV, 4). "Ego autem dico vobis non iurare omnino... Sit autem sermo vester, est, est: non; non" (Mt. V, 34 y 37). "Dico autem vobis quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii" (Mt. XII, 36. En: ob. cit., CCCXXVII, DII y CDLVIII-IX ("Obras", vol. I, págs. 1233, 1248 y 1245).

(69) "Lingua modicum quidem membrum est. et magna exaltat" (Iac. III, 4-5). En: ob. cit., CDLVII ("Obras", vol. I, pág. 1244): En esta misma epístola se reitera la prohibición evangélica del juramento: "Nolite iurare... Sit autem sermo vester, est, est: non; non; ut non sub iudicio decidatis" (Iac. V, 12).

(70) "Estote autem factores verbi et non auditores tantum" (Iac. I, 22). En: "De subventionem pauperum", I, 10 ("Obras", vol. I, pág. 1384).

(71) "Unaquaeque enim arbor de fructu suo cognoscitur" (Lc. VI, 44). "Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud" (Lc. XI, 28). "Si haec scitis, beati eritis si feceritis ea" (Jo. XIII, 17). "Si diligetis me, mandata mea servate" (Jo. XIV, 15). "Qui habet mandata mea et servat ea, ille est qui diliget me" (Jo. XIV, 21). Etc.

(72) "Los oráculos divinos abominan de aquél que hace la obra de Dios

su pedagogía es el de la oración. "El Señor Maestro —escribe— manda a los suyos, y no una sola vez (73), que oren y, con grande afecto y rendida voluntad, pidan al Padre de todos que no les deje caer en la tentación... Y en la oración que El mismo nos enseñó, el remate y corona es éste: No nos traigas la tentación, mas libranos del demonio, acechador malvado" (74). Y aclarando a qué enemigos se refiere, afirma Vives que no debe temerse a quienes sólo pueden matar el cuerpo, sino únicamente a quienes pueden sumergir el cuerpo y el alma en el infierno (75), supuesto que "de ningún provecho es para el hombre la ganancia del universo mundo si trae consigo el dispendio del alma" (76).

En sexto lugar, por si alguien se sorprendiese ante la frecuente apelación de nuestro pedagogo a textos revelados, parece oportuno detenerse en considerar la religiosidad immanente en la pedagogía de Vives, quien llega a sostener lo siguiente: "La religión es el único medio para perfeccionar el hombre. Esto hace que sea lo único necesario. Bto es aquello que dijo el Divino Maestro a Marta, que andaba sobrado solícita no de excusables y ociosas superfluidades, sino del pan nuestro de cada día, aconsejándole (77) que no se turbase por tantos cuidados, puesto que sólo uno era necesario, y era, precisamente; el que María había elegido: el de estar sentada a los pies del Señor y escuchar las palabras que caían de su boca" (78). Esta adecuada interpretación de las palabras dirigidas por el Redentor a Marta y María, agrega que las mismas no invitan, sin embargo, a la ociosidad, por cuanto "el Evangelio no desautoriza el trabajo, sino la ansiosa

desocupadamente" (I Esd. IV, 22). Citado en: "Introductio ad sapientiam", CCCXIV ("Obras", vol. I, pág. 1232).

(73) Mucha razón tiene Vives al recordar la frecuencia con que los evangelistas recomiendan la oración: He aquí algunos lugares: "vigilate et orate" (Mt. XXVI, 41 y Mc. XIII, 33); "oportet semper orare" (Ic. XVII, 1); "vigilate itaque omni tempore orantes" (Lc. XXI, 36). Por otra parte en el epistolario paulino hallanse imperativos análogos: "sine intermissione orate" (I Tes. V, 17); "volo ergo viros orare in omni loco... similiter et mulieres" (II Tim. II, 8-9); etc.

(74) "Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo" (Mt. VI, 13). En: "Introductio ad sapientiam", DXCIII-IV ("Obras", vol. I, páginas 1256). En sentido análogo: "De officio mariti", V ("Obras", vol. I, página 1332).

(75) "Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere: sed potius time te eum qui potest et animam et corpus perdere in gehennam" (Mt. X, 28). Citado en: "De officio mariti", X ("Obras", vol. I, página 1380).

(76) Ob. cit., I ("Obras", vol. I, pág. 1290). Este mismo pensamiento, que puede leerse en los tres evangelios sinópticos (Mt. XVI, 26; Mc. VIII, 36; Lc. IX, 25), lo recoge Vives en otro de sus escritos: "De Europae statu ac tumultibus", VII ("Obras", vol. II, pág. 14).

(77) "Martha, Martha, solícita es, et turbas plurima. Porro unum est necessarium, Mariam optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea" (Lc. X, 41-42).

(78) "De tradendis disciplinis", I, 2 ("Obras", vol. II, pág. 531). En sentido análogo: "Excitationes animi in Deum", prefacio; "De institutione feminae christianae", I, 9 y III, 6; y "Satellitum animi", CCXIII ("Obras", vol. I, págs. 441, 1028, 1070 y 1204).

(79) "De tradendis disciplinis", I, 4 ("Obras", vol. I, pág. 541).

azorada diligencia" (79), pues ello hubiera sido imposible, dado que "Dios, alla en los albores de la creación, condenó al trabajo a los hijos de Adán" (80) y que "a vistas de esa condena, escribió San Pablo a la cristiandad de Tesalónica: si alguno no trabaja, ése tal no coma" (81), siendo merecedor de especial mención, como peligro a evitar la pereza (82).

Hasta aquí se han analizado, en apartados sucesivos, los temas generales donde la preceptiva bíblica confluye en la pedagogía vivesiana. Ahora procedería descender a temas particulares, tanto de la pedagogía fundamental como de la pedagogía diferencial, más juzgo preferible dejarlo para otra ocasión. Advertiré únicamente que, si a estos pasajes bíblicos citados por Vives y que presentan un interés pedagógico directo o próximo, se agregan otros muchos, desparramados en sus obras, cuyo interés educativo es más remoto o mediato, podrá advertirse el ingente influjo que las Sagradas Escrituras ejercieron en la mente vivesiana, durante el período de la elaboración de su pensamiento didáctico, rebotante todo él de los imperecederos ideales cristianos.

Antes de concluir, deseo subrayar finalmente dos características generales del sistema pedagógico de Luis Vives, que ofrecen también indudable sabor bíblico. La primera de ellas es la constante adaptación de su magisterio a la capacidad del alumnado, cuya conveniencia resume con estas palabras: "El pedagogo no debe quitar su mira del auditorio, no para desviarse del arte y dar mentiras por verdades, sino para decir lo más acomodado al alcance de los que le escuchan. Una y otra cosa declara que hizo aquel Divino Artista, aquel Maestro Celestial, la Sagrada Historia Evangélica" (83). El segundo y último rasgo característico de la pedagogía vivesiana que me interesa destacar aquí, es su definido optimismo, fundamentado sólidamente en sus convicciones religiosas, según reflejan las siguientes consideraciones salidas de su pluma: "La adoración —asegura Luis Vives— no consiste en el murmullo y movimiento de los labios, sino en el alma y el pensamiento que de estas cosas viles levanta su vuelo a las celestiales y divinas. Esto se nos exhorta a hacer en la misa, cuando se dice *arriba los corazones* y nosotros respondemos *tenémoslos en el Señor*" (84).

FERMIN DE URMENETA

(80) Gen. III, 17-19. En: lug. cit. ("Obras", vol. I, pág. 541): En sentido análogo: "Satellitium animi", LXIX ("Obras", vol. I, pág. 1186).

(81) "Si quis non vult operari, nec manducet" (I Tess. III, 16). En: lug. cit. ("Obras", vol. I, pág. 541). En sentido análogo: "Sacrum Diurnum", III; "De institutione feminae christianae", I, 7; y "De subventione pauperum", II, 3 ("Obras", vol. I, págs. 420, 1014 y 1393).

(82) "Quiere y no quiere el perezoso" (Prov. XIII, 4). En: "De anima et vita", II, 11 ("Obras", vol. II, pág. 1218).

(83) "De tradendis disciplinis", II, 4 ("Obras", vol. II, pág. 572).

(84) "De institutione feminae christianae", I, 9 ("Obras", vol. I, página 1030).